

EL BAR DE MI PADRE

El bar de la plaza de España, el desaparecido bar de Juan González, es uno de esos lugares comunes que tienen un sitio especial en la memoria de nuestro pueblo. El bar tuvo una larga vida, ya funcionaba como tal en el siglo XIX y cerró sus puertas a finales del XX, así que estuvo presente en la vida del pueblo más de cien años, siendo testigo de una época de importantes cambios. A pesar de llevar ya más de treinta años cerrado todavía son muchos los conileños que recuerdan con cariño vivencias, historias y anécdotas del bar y de Juan, su dueño, mi padre. En este artículo quiero hacer una breve semblanza de ambos, que sirva para entender sus singularidades y mantener vivo su recuerdo.

EL BAR contaba con un buen local, un local con empaque y solera y con una ubicación privilegiada. Era lo primero que veía el visitante cuando llegaba a Conil al cruzar el Arco de la Villa, en la plaza de España, al fondo.



Un edificio de dos plantas, la tienda abajo, la vivienda arriba y rematado por el típico soberado de tejas, propio de la zona. Tenía un interior muy amplio, techos altos con bonitas vigas de madera y grandes arcos que separaban los diferentes espacios del local. Al entrar, Juan te recibía detrás de la barra. Era una barra altísima, quizás la más alta de todos los bares de Conil. Seguía una zona de mesas de madera que todas las tardes se llenaba con el ruido y el bullicio de la imperdonable partida de dominó de los parroquianos de siempre. Enfrente, un salón con un curioso techo de cristal que daba luz a un magnífico billar francés con un

inmaculado tapete verde. El cuidado del paño de la mesa era cuestión casi de estado en el bar y dio lugar a muchas anécdotas. Juan controlaba y vetaba el acceso al billar, impidiendo que cualquiera que no supiese manejar bien el taco pudiera jugar y hacía uso estricto del “permiso de admisión” expulsando del local a todo aquel que no siguiera sus normas y que pusiera en peligro el buen estado del paño de la mesa.

Al fondo del local, un patio cubierto por una parra centenaria que se veía desde la entrada, hacía que en los días calurosos de verano el levante entrara por una puerta y saliera por la otra refrescando todo el espacio. A ese patio solo se accedía para orinar ya que junto a la pared del fondo había un curioso agujero en el suelo que sirvió de urinario hasta los ochenta, cuando se instalaron allí unos aseos. En la última etapa del negocio tras la muerte de Juan, el patio se abrió al público, convertido en un espacio muy agradable con una preciosa buganvilla que lo llenaba de color, donde en las noches de verano se podía escuchar buena música mientras tomabas una copa.

EL BAR DE MI PADRE

LA PLAZA DE ESPAÑA era el centro del pueblo. Lo sigue siendo aún, pero hasta los años 90 canalizaba el fluir de su vida, ya que era el paso natural de los vecinos en su día a día, cuando casi toda la población vivía en el casco antiguo. También era lugar de esparcimiento, encuentro y diversión, escenario de fiestas populares y religiosas, paso de procesiones, lugar de conciertos en



feria y bailes en carnaval, acontecimientos que reunían a todos los conileños. También era el punto de llegada de muchos visitantes, ya que allí estaba la oficina y parada del famoso “coche de la hora”, autobús que unía Conil y Cádiz, muy utilizado en los años 60 y 70, cuando no había tantos coches como ahora.

Por tanto, en la Plaza concurrían todos y todo lo que había o pasaba en Conil y por eso el Bar era un espacio en el que todos tenían cabida. No era un bar de barrio, cuya clientela se limitaba a una zona, por allí pasaba todo tipo de gente de edades, intereses y clases diferentes. En este variopinto ambiente Juan era el director de orquesta, su carácter y personalidad hicieron del bar un lugar especial, un negocio a su imagen y semejanza, que compartía con todos los que pasaban por allí y donde él brillaba con luz propia.

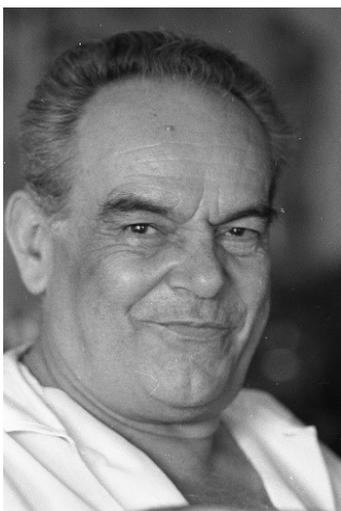
JUAN González Rodríguez había nacido en 1921 en Cádiz, donde estaba destinado en esa fecha su padre, un carabinero de Huéscar (Granada). Pasa su infancia y juventud en Conil, de donde era su madre y donde residía su familia. En 1939 recién



terminada la guerra, vuelve a Cádiz para hacer su servicio militar y se queda en el ejército los siguientes diez años. Juan era el cabo encargado del economato, que en aquellos años de carestía y escasez de alimentos era un puesto codiciado. Por allí pasaba todo el cuartel, desde la tropa hasta los peces gordos, a pedirle favores relacionados con el avituallamiento y pequeñas cuestiones materiales que él podía facilitar en aquellos tiempos difíciles, fueron años de muchos conocimientos y relaciones.

Sin duda esta etapa marcó su carácter; era un hombre joven disfrutando del ambiente y la independencia de la ciudad. Pero en el pueblo lo esperaba su novia de toda la vida y finalmente, en 1949 Juan decide volver a Conil y casarse con Cristobalina. Por esta razón compra el bar Camacho y se instala con su mujer en la vivienda superior. Fue un cambio total que le resultó muy duro al principio, pero con el tiempo se adaptó e hizo del bar su república independiente, el lugar donde pasaría toda su vida hasta su muerte en 1988.

EL BAR DE MI PADRE



Juan tenía presencia y don de gente, un carácter fuerte y cariñoso a la vez, mucho sentido del humor y un gran corazón; era extrovertido pero recto y formal, directo pero educado, una persona sin dobleces, sin formalismos con la capacidad de tratar y tratarse con todos por igual, sin complejos ni servilismos propios de la época que le tocó vivir. Aunque no había tenido más formación que los primeros años de la escuela, su curiosidad y ansias de saber hicieron de él un hombre culto. En el bar no faltaba nunca la prensa diaria, la radio, un diccionario y algún libro, durante mucho tiempo el de Las Mil Mejores Poesías en Lengua Castellana. Su potente voz y su extraordinaria memoria lo hacían un gran recitador y contador de historias, era muy aficionado al teatro y actuó en varias obras de la compañía local Teatro de Cámara y Ensayo José María Pemán en los años setenta. Otra de sus grandes pasiones fue el fútbol, seguidor del Cádiz y del Real Madrid. De joven también jugó en varias ocasiones en equipos locales.

Acompañando a Juan detrás de la barra siempre había algún muchacho del pueblo, que aprendía y ejercía de camarero, a la vez que el jefe le enseñaba el oficio de la vida misma: Manolo, Diego, Francisco... fueron muchos en los más de treinta años y durante todos Josefa, encargándose de la limpieza.



Y como en todo negocio familiar, la mujer y los hijos también pasaron por allí. Cristobalina hizo las tapas en las primeras décadas, arriba en la casa sin que Juan permitiera que pusiera nunca un pie en el bar. Y los hijos ayudaron al padre como camareros, a la vez que estudiaban y buscaban mejores profesiones. Juan, o Juanito el del Bar, el segundo de los varones fue quién cogió el testigo, acompañó a su padre detrás de la barra hasta que este falleció y alternando con su otro trabajo continuó en solitario hasta cerrar el local.

Pero la historia del bar no estaría completa si no hablamos de los otros, de los que pasaban por allí y de los que pasaban la vida allí.

LA GENTE que pasó por el bar de Juan durante los cuarenta años que él estuvo al frente, fue mucha y muy diversa. A través de su clientela se podría hacer un estudio de los cambios políticos y sociales a nivel local, nacional e incluso internacional.

Entre los asiduos, una clientela mayoritariamente masculina, como en todos los bares, hombres que encontraban allí un espacio que no tenían en sus casas, hombres que

EL BAR DE MI PADRE



estaban allí porque no tenían otra ocupación, hombres que hacían una pausa en su trabajo o que pasaban por allí al terminarlo. Era el lugar de encuentro y reunión, de hacer tratos o negocios para unos, de ponerse al día, compartir noticias y anécdotas para otros. De todas las edades y clases sociales, allí coincidían el señorito y el obrero, el intelectual y el analfabeto y los jóvenes con sus mayores.

Había también personajes especiales que formaban parte del decorado diario, como el entrañable Juanito el Mocho, que tenía en el bar su segundo hogar. Esa fue una característica importante del bar de Juan y a eso contribuyó sin duda la forma de ser y la idiosincrasia de su dueño. Un lugar donde todo el mundo tenía su sitio y donde él atendía con igual talante a cualquier cliente, fuera quien fuera y viniera de donde viniera, cosa nada frecuente en este país en esos años



Luego estaban los de fuera, los forasteros, la gente que pasaba por el bar durante sus vacaciones en Conil. Primero fueron los veraneantes, sevillanos la mayoría, que aparecían todos los años en verano a disfrutar de las playas de nuestro pueblo y escapar del calor de los suyos. En esos tiempos el veraneante se mimetizaba con el conileño, el tiempo de estancia en el pueblo era largo porque los precios lo permitían, nada que ver con la vorágine del turismo actual.



A partir de los años 60 ya comienzan a llegar visitantes de otros países, son los extranjeros, estos turistas venían en cualquier época del año, disfrutaban tanto del verano como del invierno conileño, huían de la ciudad y buscaban el sol y el mar, pero también el sabor y la esencia del pueblo, de Andalucía, de España. Y no había un lugar mejor para empaparse de todo eso que en el bar de Juan y de su mano. Porque Juan tendía su mano a todo el que llegaba, le facilitaba su estancia, le

EL BAR DE MI PADRE

enseñaba los caminos y le explicaba la filosofía de este pequeño universo que era Conil y sus alrededores. Él era el anfitrión, el embajador, el guía y el bar se convertía para el recién llegado en la oficina de turismo que en aquella época todavía no existía en Conil.

Muchas fotografías especialmente las de Juan Capacha, retratan a la perfección el crisol que funcionaba en el bar, donde convergían y se mezclaban edades, culturas y formas de vida tan diferentes.



EL BAR DE MI PADRE



En **LOS LIBROS DE VISITA** del bar, que Juan recopiló a lo largo de los años, ha quedado plasmado todo este tiempo. Son cinco álbumes que recogen dedicatorias, canciones, poemas, fotografías, monedas, pinturas, recortes de prensa y todo lo que los visitantes fueron dejando en sus páginas desde 1968 hasta 1985, para agradecerle el trato recibido durante su estancia y paso por el bar. Estos libros retratan muy bien la persona y el personaje de Juan y la

atmosfera que se respiraba en su bar.

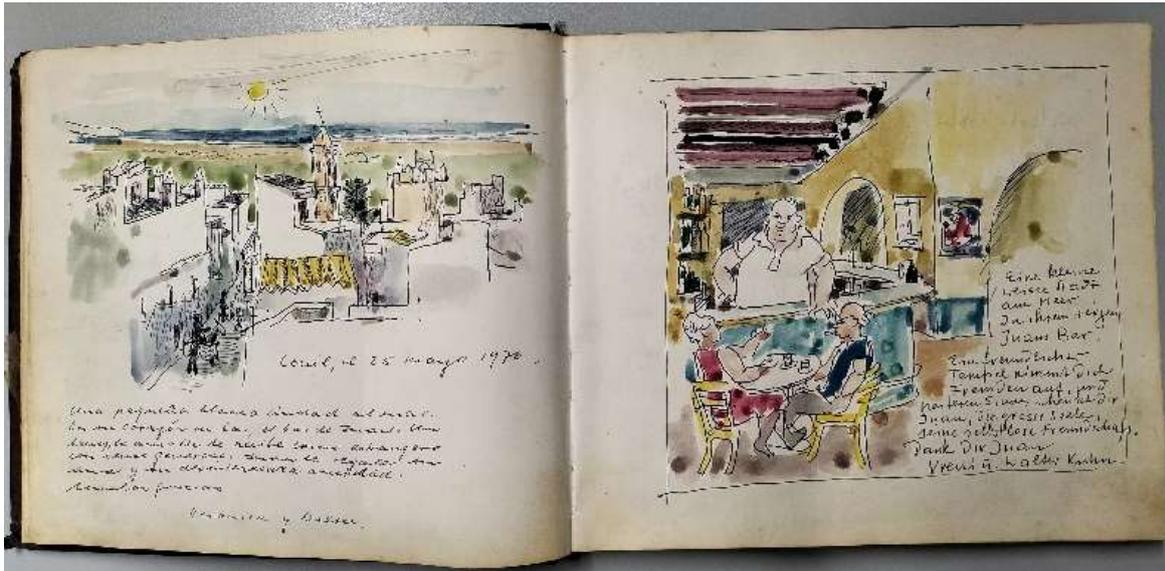
La mayoría de los textos están escritos en diferentes idiomas, es como una pequeña Babel. Los primeros años, abunda el inglés, pero durante los 70 el alemán gana terreno, hay textos en holandés, francés, portugués, japonés, italiano, danés, árabe y a partir de 1975 también en vasco, gallego y catalán.

Juan no sabía idiomas, pero la comunicación era su fuerte y siempre lo entendía todo y se hacía entender. Para casos verdaderamente importantes echaba mano de su hijo mayor, José Manuel, que dominaba el inglés a la perfección.



La mayoría de los visitantes dejaban por escrito sus sensaciones y experiencias en el pueblo y también sus ganas de volver, de volver y encontrarlo todo igual. Este anhelo de que Conil no cambiara, de que no se sumase al turismo agresivo que ya se veía venir, es una constante en los textos.

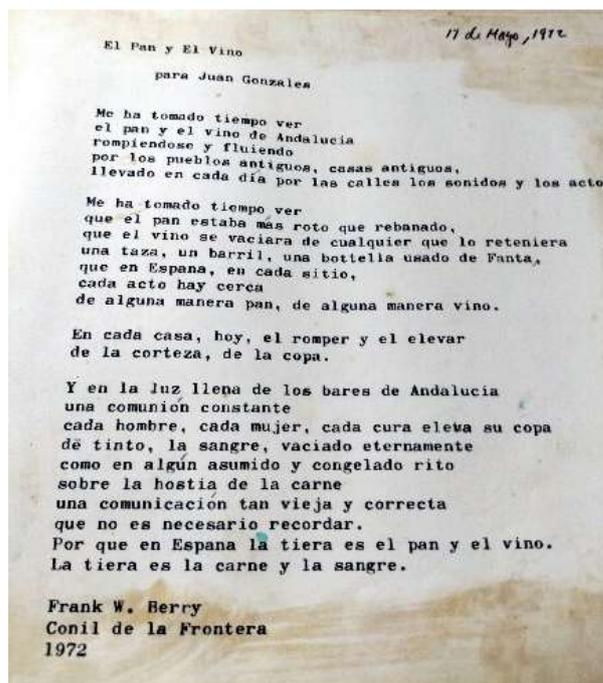
EL BAR DE MI PADRE



LINDA CHOWN HOSMAN 2509 CA
LA LUZ AZUL DE LA PLAZA:
DULCE Y RICA COMO UN COMIENZO
A LA HORA DE SALIR,
HAY UNA CLARIDAD EN NUESTRA AMISTAD
UNA FUERZA QUE QUEDA VIVA,
Y LAS COSAS DE LA VIDA VAN
MEJOR A CAUSA DE TÍ, JUAN,
Y JOSÉ Y JUANITO.
Y EL TIEMPO NO IMPORTA EN ESTO
NI LOS PAISES,
SINO NOSOTROS
Y LO QUE CREEMOS Y HALEMOS
EN ESTA LUZ, EN ESTA AHORA.

Comil, "Sol y tranquilidad"
Tierra de cal y de playa,
hombres nobles de verdad;
y en su plaza, coqueta y adornada,
un local abierto a la amistad
donde pasar alegre la jornada
conversando atendido por Juan ^{Felix} **Arbol**
Abril 1970

EL BAR DE MI PADRE



Pero el futuro es imparabile y Conil si cambi6, aunque Juan ya no pudo verlo. 6l falleci6 en el verano de 1988, aunque el bar estuvo funcionando unos a6os m6s. La presencia de extranjeros en esos a6os finales del negocio tambi6n fue muy significativa, porque el bar era el punto de encuentro o bienvenida de los estudiantes de la Academia Atl6ntika, primera academia de espa6ol para extranjeros de Conil. Isabel, la hija peque6a de Juan, era profesora en dicha academia y a la muerte de su padre tambi6n trabaj6 unos a6os en el bar. El car6cter o el estilo del local en esa 6poca cambi6 un poco, pero mantuvo su esencia, sigui6 siendo un lugar multicultural donde la clientela local de toda la vida se mezclaba con la de otros lugares de Espa6a y del mundo.



Finalmente, en 1993 el negocio se cerr6 definitivamente y se derrib6 el edificio primitivo. En la nueva construcci6n, la familia intent6 conservar la fisonom6a exterior de la antigua casa; pero desgraciadamente el bar de Juan, el bar de la Plaza, termin6 aqu6 su historia.

Conil, septiembre 2025

Isabel Gonz6lez Ram6rez

ARCHIVO MUNICIPAL DE CONIL DE LA FRONTERA

* Las fotograf6as pertenecen a la colecci6n familiar, aunque se han utilizado algunas de "Conil en la Memoria" y del Fondo Fotogr6fico de Juan Capacha del AMCF.